

Comentario a Nikolas Rose:
*Políticas de la vida:
biomedicina, poder
y subjetividad
en el siglo XXI.*

La Plata UNIPE, Editorial Unversitaria.

1ª ed., 2012

Por Eugenia Bianchi



Políticas de la vida acerca a los lectores de habla hispana el trabajo de uno de los más consumados exponentes de la corriente anglofoucaultea de estudios. El libro resulta de una persistente preocupación investigativa, reformulando o profundizando problemáticas vertidas en escritos anteriores, en un período que va desde 1999 a 2004.

El texto mapea desde diferentes aristas las políticas vitales que se despliegan con el avance del siglo XXI, por lo cual revisten aún un carácter emergente. Éstas se caracterizan por ser *políticas de la vida misma*, que apelan a la capacidad creciente de los individuos “de controlar, administrar, modificar, redefinir y modular las propias capacidades vitales de los seres humanos en cuanto criaturas vivas” (Rose, 2012:25). Y se diferencian de otra forma histórica, la *política de la salud*, que abarcó desde el siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XX, y se ocupó (frecuentemente de manera coercitiva) de la salud de la población.

Hay en *Políticas de la vida* una apuesta audaz pero consecuente, cuidadosa y sugestiva, de retomar y trascender el andamiaje teórico-metodológico foucaulteano, y generar categorías y herramientas teórico-operativas noveles que den cuenta de la también novel problemática. En sus páginas se desgranar categorías como individualidad somática, susceptibilidad, responsabilidad genética, ciudadanía biológica, biosocialidad, yo neuroquímico, biovalor, ética somática, entre otras que configuran un prolífico entramado argumentativo. También presenta una serie de conceptos operativos, como cartografía del presente, molecularización, estilo de pensamiento, aparato de verdad y bioeconomía, que cimentan su propuesta analítica.

En esta apuesta, Rose deja expuestos los límites del proyecto de Foucault, ya sea porque en sus desplazamientos, reconfiguraciones y recentramientos analíticos, Rose acuña o recurre a nuevos conceptos, como

porque las lógicas que concibió el pensador francés ya no resultan adecuadas para describir los procesos que se suscitan.

Así, a lo largo del volumen despliega un andamiaje que articula nociones teóricas, herramientas metodológicas y ejemplos empíricos de extrema riqueza, con los que describe y explica procesos que tienen diferentes áreas de incumbencia, apelan a diferentes actores e instituciones, se sirven de distintos conceptos y saberes, se expresan en diversas prácticas, utilizan múltiples tecnologías y suponen éticas y moralidades específicas.

Las *políticas de la vida* implican una concepción profunda, un verdadero giro ontológico en las coordenadas de inteligibilidad que fueron parte del núcleo duro de las políticas de la salud anteriores. Díadas centrales como normalidad/anormalidad, salud/enfermedad, diagnóstico/tratamiento, médico/paciente, biológico/social, orgánico/funcional, cuerpo/mente, intervención/prevenición, peligro/riesgo, entre otras, son sometidas a un escrutinio analítico que las amplía y complejiza.

Este giro ontológico conlleva un nuevo modo de ver y de juzgar la normalidad y anormalidad humanas, y actuar sobre ellas, que se inscribe en cinco líneas de mutaciones: molecularización, optimización, subjetivación, conocimiento somático especializado, y economías de la vitalidad. Rose no otorga a estos cambios el estatuto de *acontecimiento* con el que Foucault trabajaba la contingencia en la inversión de las relaciones de fuerzas, y la emergencia de un nuevo tipo de correlación. Aunque no advierte una ruptura fundamental con el pasado, desde el punto de vista del presente, sí sugiere que se ha cruzado un umbral.

En línea con su propuesta de una *cartografía del presente*, Rose entiende que estas mutaciones abren a la posibilidad de múltiples futuros. Las *historias del presente*, las *genealogías* que resultaron útiles para analizar la política de la salud, no son adecuadas para dar

cuenta de las políticas de la vida. Su objetivo fue abrir el presente a una reformulación, pensando las contingencias, rastreando la heterogeneidad que condujo a la aparente unidad del presente, historizando aspectos presumiblemente ahistóricos, y resaltando el rol del conocimiento.

Frente a la actual situación, en la que el presente es un constante fluir, estas propuestas ven diluida su anterior radicalidad. La tumultuosa coyuntura conjuga un pasado cuya seguridad se desvanece, y un futuro de inseguridades apenas imaginables.

De allí que la realización de una cartografía, propuesta que Rose entiende como más modesta, apunta a desestabilizar el futuro, reconociendo su apertura y multiplicidad. Si no hay un solo futuro posible, intervenir en el presente múltiple y cruzado por la contingencia puede tener resonancias en aspectos de esos futuros.

Con el eje puesto en los saberes, y retomando elementos de estudios de Fleck, Hacking y suyos propios, Rose define el *estilo de pensamiento* en las ciencias como un modo particular de pensar, ver y ejercer. Incluye los modos en que se organizan las argumentaciones y críticas, las formas en que se clasifican y ordenan los fenómenos, las maneras en que se recopilan y validan los datos y los errores, y otras operaciones que configuran una cierta forma de explicación, pero también los recortes de objetos, problemas o temas que se prestan a explicación.

En línea con este énfasis en los saberes, cobra relevancia el concepto *aparato de verdad*. Refiriéndose a las transformaciones del saber psiquiátrico, Rose menciona el soporte de esta verdad ya no es predominantemente filosófico sino de investigación, y se lleva adelante en laboratorios, hospitales y clínicas. Estas codificaciones permiten pensar en términos de verdad o error, refutación o confirmación con los que los hechos, las observaciones y las

explicaciones ingresan al terreno de lo falseable o verificable. De manera que este nuevo *estilo de pensamiento* no sólo establece qué es válido como explicación; también define qué hay para explicar.

Otro concepto que permite pensar más allá de Foucault, aunque en ineludible relación con él, es *personalización*. Retomando a Clark, Rose plantea un cambio relacionado con la *normalización*, señalando que las intervenciones de la medicina solían realizarse en pos de curar patologías, reencauzar conductas desviadas o impulsar estrategias biopolíticas a través de la modificación de estilos de vida. Hoy día, se configura un proceso de personalización, de la mano de la transformación de los destinatarios de tales intervenciones, algunos de los cuales se presentan como consumidores que deciden acceder a diferentes tecnologías de mejoramiento, sobre la base de deseos guiados por el mercado y no por necesidad médica, con un fuerte componente de narcisismo, trivialidad o irracionalidad.

Las compañías farmacéuticas son el centro de las críticas, por vender fármacos nuevos e inflar los precios, por ignorar efectos colaterales potencialmente peligrosos, y medicalizar condiciones que no son enfermedades. Sin desconocer estos argumentos, Rose¹ entiende que es un simplismo considerar a los pacientes reales o potenciales como meras entidades pasivas, manipuladas por los dispositivos de marketing de la gran industria farmacéutica. Una reflexión más abarcativa requiere contemplar otros matices, ya que el desarrollo y extensión de los psicofármacos incluye también la exploración y registro —de parte de las com-

pañías farmacéuticas— de los descontentos que experimentan los individuos, y cómo ese descontento es articulado con la *promesa* que detenta el fármaco. También incorpora las narrativas que le dan valor y sentido a esos fármacos, y su entrecruzamiento con otros aspectos, como el de ser productos comercializados, y generar expectativas, éticas y formas de vida.

En este marco, los trastornos son codificados y experimentados como tales en relación a una norma cultural de un *yo* activo, responsable, y que elige libremente, desarrollando su potencial en el mundo a través del moldeado de un *estilo de vida*. Los sujetos diagnosticados se presentan como agentes capacitados, prudentes y responsables por su salud mental.

En un razonamiento consecuentemente foucaulteano, Rose reconoce que es importante criticar el uso de fármacos como agentes de control, resaltar sus falsas promesas, efectos adversos y razones bioeconómicas que justifican su desarrollo. Pero vale también señalar el cambio más amplio, por el cual esas drogas tienen un rol central en el gobierno de nuestra conducta y la de los otros.

La salud es también un principio ético, de allí que los descontentos se expresen tan a menudo en términos médicos o psiquiátricos. Para Rose, y de la mano de la emergencia de la antedicha individualidad somática, no queda abolida ni se prescinde de la normalización, sino que se da una forma nueva y específica a los bordes de la normalidad y la patología, de la enfermedad mental y la salud mental.² Tampoco se borran los modos religiosos o psicológicos en los que se puede pensar el descontento.

¹ Rose, Nikolas (2006). “Disorders without borders? The Expanding Scope of Psychiatric Practice”. *BioSocieties*, N° 1, pp. 465–484.

² *Idem*.

Un último concepto trabajado por Rose que vale reseñar es el de *susceptibilidad*. Entendida junto con el *mejoramiento* como una tecnología de la vida, la susceptibilidad “abarca los problemas provocados por los intentos de identificar y tratar, en el presente, a personas a quienes se les pronostica algún mal futuro” (Rose, 2012:50). El diagnóstico basado en la susceptibilidad se orienta a identificar las variaciones genómicas, para realizar intervenciones correctivas.

El énfasis de la susceptibilidad como elemento explicativo de las conductas renueva los debates que suscitaron conceptos como peligrosidad, riesgo, predisposición, degeneración y herencia, para hacer inteligibles tanto la enfermedad como el delito.

La matriz de la susceptibilidad reedita la idea de predisposición a la debilidad heredada, a la vez que reelabora algunas tecnologías de evaluación y predicción del riesgo, e investigaciones epidemiológicas sobre prevalencia de enfermedades. Pero también conecta con los estudios cerebrales que desde la genética hablan de responsabilidad penal, y con preocupaciones en el campo de la neuroética. Para Rose, nos hallamos frente a una nueva estrategia de control que no puede asimilarse linealmente a una nueva eugenesia o un nuevo determinismo genético, porque la biocriminología contemporánea no entiende a la biología como destino ineludible; sino abierta a la susceptibilidad, la predicción y la prevención.

Hoy en día, la biocriminología opera sobre un espacio de problemas perfilado por el carácter epidémico atribuido a las conductas antisociales y violentas que llevan adelante individuos susceptibles que fallan en su autogobierno, a los que busca identificar, para intervenir y reducir el riesgo para sus familias y comunidades.

Hacia el final, Rose se anticipa a las críticas a las que su trabajo puede dar lugar. En efecto,

algunos de los tópicos en los cuales avanza para tratar la biopolítica no tienen antecedentes en los estudios de las ciencias sociales. Sus reflexiones no incorporan la dimensión de clase, ni las nuevas formas de desigualdad y explotación que también emergen con estas nuevas biopolíticas contemporáneas, ni señala ganadores o perdedores del proceso. Rose sostiene que su preocupación es otra; precisamente busca pincelar los trazos gruesos de una cartografía de estas formas de vida emergentes y de los futuros potenciales a los que pueden dar lugar.

De modo que, aun con las incomodidades que esta perspectiva puede generar, la lectura de *Políticas de la vida* tiene el mérito cartográfico de la descripción de procesos muy recientes, y su puesta en relación con una serie de conceptos y tradiciones de pensamiento, que abren espacios de análisis dejados en suspenso por Rose, pero en los que el lector interesado puede avanzar.

Trabajos como el de Rose brindan claves de modalidades analíticas para reflexionar, dentro de las ciencias sociales, en relación a problemáticas que no tienen que ver con los saberes biomédicos y las nuevas formas de las políticas de la vida. La articulación que propone entre medicalización, gubernamentalidad y biopolítica, permite pensar, por una parte, a las políticas de la vida como nuevas formas de poder pastoral para el gobierno de sí y de los otros. Un poder pastoral relacional, que se reconfigura a un nivel biológico-genético, pero que también involucra la propia vida, la de las familias y los vínculos con los otros. Pero por otra parte, esta articulación sitúa su análisis en una serie ampliable a otras áreas de investigación, como como la criminalidad, la teoría política, el desempleo, los seguros, y la ética de gobierno liberal, con las que se vincula en fructíferos diálogos.